

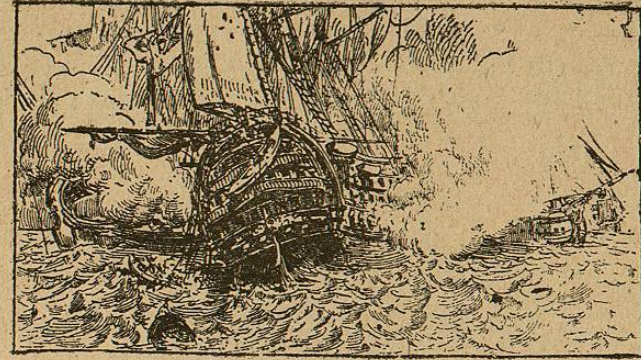
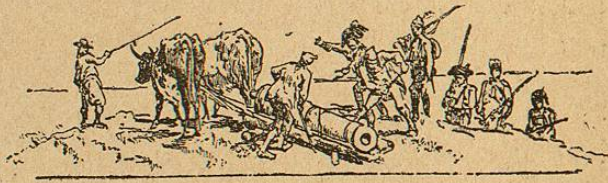
liente y muy discreto, rehusó obstinadamente honrarle con una estocada. Al tercer día, como nada podía acabar con su paciencia, todo el lado derecho en masa le acusó de cobardía. El joven duque de Castries le insultó; salieron, Lameth fué herido y de allí un gran furor en el pueblo. Se dijo que la espada de Castries estaba envenenada y que Lameth iba á morir.

Los jacobinos creyeron buena la ocasión para aterrar á los duelistas. Sus agentes lanzaron á la multitud contra el hotel de Castries; no hubo golpes, ni muertes, ni robos, pero todos los muebles fueron destrozados y tirados á la calle. Todo esto tranquilamente, con método: los invasores pusieron un centinela ante el retrato del rey, único objeto respetado. Lafayette llegó, vió aquello y no pudo hacer nada; la mayor parte de los guardias nacionales estaban indignados por la herida hecha á Lameth, y creían que después de todo los amotinados tenían razón (13 de Noviembre 1790).

Desde este día el terror que inspiraban los duelistas, que poco á poco iba disminuyendo el ascendiente de la nobleza, fué reemplazado por otro terror: el de las venganzas del pueblo.

La superioridad que tenían los nobles en la esgrima desaparecía ante la fuerza de la multitud. Habían intentado los nobles hacer cuestiones de honor todas las cuestiones de partido y abusaban de su destreza. Se les opuso el número.

Los revolucionarios más bravos, los que probaron después su valor en los campos de batalla, rehusaron dar á los espadachines la ventaja fácil de los combates individuales.



CAPITULO V

Lucha de principios en la Asamblea y con los Jacobinos

París á fines de 1790.—Círculo social «Boca de hierro.»—El club del 89.—El club de los jacobinos.—Robespierre en los jacobinos.—Origen de Robespierre.—Robespierre huérfano á los diez años; sirviente del clero.—Sus ensayos literarios.—Juez de lo criminal en Arras; su dimisión.—Aboga contra el obispo.—Robespierre en los Estados generales.—El 5 de Octubre apoya á Maillard.—Conspiración para dejarlo en ridículo.—Su soledad y su pobreza.—Rompe con los Lameth.—Marcha incierta ó retrógrada de la Asamblea.—Había restringido el número de los ciudadanos activos.—Conducta doble de los Lameth y de los jacobinos de entonces.—Confían su periódico á un orleanista (Noviembre).—Probidad de Robespierre.—La política.—En 1790 se apoya únicamente sobre las grandes asociaciones que entonces existían en Francia: los jacobinos y los curas.

Hacia fines del año de 1790 hubo un momento de aparente descanso, poco ó nada de movimiento. Nada más que un gran número de coches que llenaban los caminos cubiertos de emigrados. Los provincianos, en compensación venían á ver el gran espectáculo y observar á París.

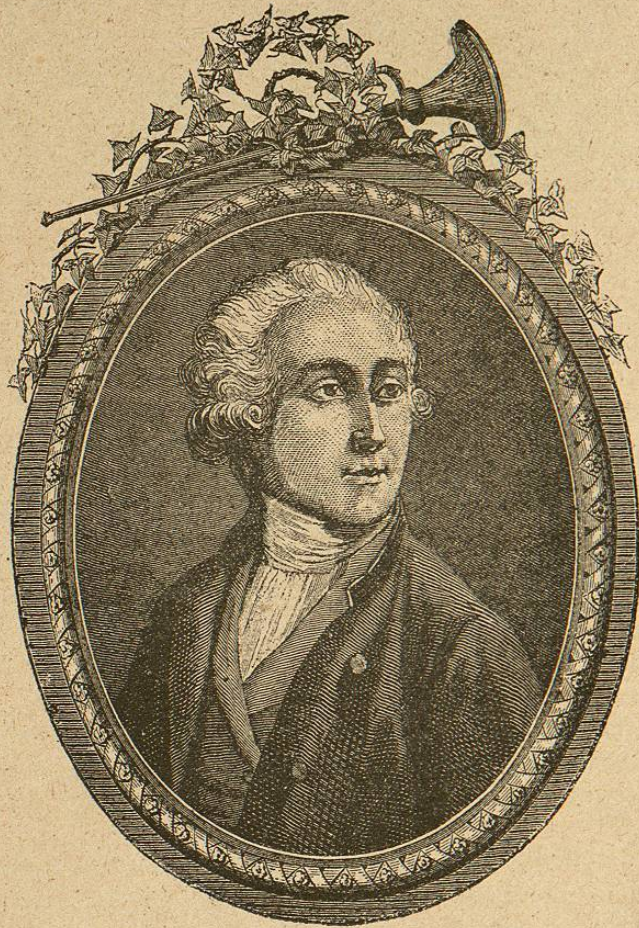
Descanso inquieto, sin reposo. Se admiraban, se asustaban de que no hubiera acontecimientos. El ardiente Camilo estaba consternado de no tener nada que contar; se casó en este entreacto y notificó este suceso al mundo. Nada de conmociones: en plena guerra (como ya se notaba) esto no era natural. En realidad había dos sucesos inmensos.

Primeramente el rey entregaba la Francia á los reyes de Europa.

Además, contra la conspiración eclesiástica y aristocrática, se organizaba fuertemente la conjuración jacobina.

El rasgo saliente de la época es la multiplicación de los clubs, la inmensa fermentación de París especialmente, de tal modo, que en cada rincón de las calles se improvisaban asambleas. El brillante y monótono París de la paz no da una idea del de entonces. Refugiémonos por un momento en este París, agitado, ruidoso, violento, sucio y sombrío, pero viviente, lleno de pasiones desbordadas.

Bien merece este examen el primer teatro de la Revolución y una visita al Palais-Royal. Vamos derechos, apartemos del paso esta multitud agitada, estos grupos ruidosos, estas desnudeces de mujeres dadas á las libertades de la naturaleza. Atraveseamos las estrechas galerías de ma-



LAVOISIER

dera, obstruidas, ahogadas, y por este pasaje obscuro por donde bajamos quince escalones, nos colocamos en medio del Circo.

¡Se predica! ¿Quién será oído en este lugar, en esta reunión tan numerosa llena de mujeres de conducta dudosa? A la primera ojeada se diría que era un sermón predicado á mujerzuelas... Pero no, la reunión es más grata, reconocemos un gran número de literatos, de académicos: al pie de la tribuna vemos á M. de Condorcet.

¿Es el orador acaso un clérigo? Por la vestidura sí; bella figura de

unos cuarenta años, palabra ardiente, á veces seca y violenta, sin unción, aire audaz, un tanto quimérico. Predicador, poeta ó profeta, no importa: es el abate Fauchet. Este nuevo San Pablo habla entre dos Theclas: la una que no le deja un momento; quiera él ó no quiera le sigue al club, al altar: tanto es su fervor; la otra es una dama, una holandesa de buen corazón y de alma noble: es madame Palus-Aelder, el orador de las mujeres que predicó su emancipación. Ambas trabajan activamente: Mademoiselle Kéralio publica un periódico.



CARLOS LAMETH

Me admira poco el que este profeta tan bien acompañado de mujeres hable elocuentemente del amor; el amor sale á cada instante de sus ardientes palabras. Pero se trata del amor al género humano. ¿Qué quiere? Parece exponer algún misterio desconocido que confía á tres mil personas. Habla en nombre de la naturaleza, y sin embargo se cree cristiano. Enlaza muy bien bajo una forma francmasónica á Bacon y á Jesús. Tan pronto á la vanguardia de la Revolución, tan pronto retrógrado, un día predica en honor de Lafayette, otro excede á los demócratas y funda la sociedad humana sobre el deber de *dar á cada uno de sus miembros la vida suficiente*. Muchos, en su doctrina algo obscura, creían ver la ley agraria.

Su periódico, el de *El Círculo social para la federación de los amigos de la verdad*, se llamaba *La Boca de hierro*, título amenazador, espantable. Esta boca siempre abierta (calle de la Antigua Comedia, cerca del café de Procopio) recibía noche y día los informes anónimos, las acusaciones que se querían enviar. Entran, pero tranquilizaos, la mayor parte quedan inutilizados: *La Boca de hierro* no muere.

Salgamos. En la crisis en que nos hallamos hay que vigilar, hay que preveer. Hay aquí muchas teorías, muchas mujeres y muchos ensueños. El aire no es sano para nosotros. El amor, la paz, cosas excelentes sin duda; pero ¿qué? la guerra ha empezado. ¿Se puede hacer abrazar á los hombres los principios opuestos antes de conciliarlos? Por cima del Circo, para aumentar mis desconfianzas, veo el Club sospechoso del 89, con sus brillantes departamentos que resplandecen con multitud de luces; está en el primer piso del Palais Royal, es el club de Lafayette, Bailly, Mirabeau, Sieyes y de los que querían detenerse antes de tener garantías. De tiempo en tiempo, estos ídolos populares aparecen en el balcon, saludan como reyes á la multitud. El nervio de este club opulento es un buen restaurant.

Me gusta más el pálido resplandor de los reverberos que de lejos atraviesan la niebla de la calle de San Honoré; me gusta más seguir la negra oleada del pueblo que va todo él en el mismo sentido hasta la pequeña puerta del convento de los Jacobinos. Allí es donde todas las mañanas los obreros de la revuelta vienen á tomar la orden de Lameth ó á recibir de Laclós el dinero del duque de Orleans. A esta hora el club está abierto. Entremos con precaución, el sitio no está muy alumbrado... Gran reunión, verdaderamente seria, imponente. Aquí, de todos los puntos de Francia, viene á resonar la opinión; aquí llueven de los departamentos las noticias verdaderas ó falsas, las acusaciones justas ó no. De aquí parten las respuestas. Aquí está el Grande Oriente, el centro de asociados; aquí la gran Fracmasonería; no en el club del inocente Fauchet, que no tiene más que la forma vana.

Sí, esta nave tenebrosa es algo más solemne. Mirad, si podéis ver, ese gran número de diputados: han llegado á reunirse hasta cuatrocientos; hoy estáis viendo cerca de doscientos, los principales agitadores. Dupont, Lameth y esa presuntuosa fisonomía provocativa, con la nariz pronunciada, es el joven y brillante abogado Barnave. Para suplir á los diputados ausentes, la sociedad ha admitido cerca de mil miembros todos distinguidos.

Aquí no hay ningún hombre del pueblo. Los obreros vienen, pero á otras horas, en otra sala, debajo de ésta. Se ha fundado, para su instrucción, una sociedad paternal donde se les explica la Constitución. Una sociedad de mujeres del pueblo comienza también á reunirse en esta sala inferior.

Los jacobinos son una reunión distinguida, letrada. La literatura

francesa está aquí en mayoría. Laharpe, Chenier, Chamfort, Andrieux, Sedaine y tantos otros; abundan los artistas David, Vernet, Larive y el joven actor Román Talma. En las puertas, para revisar los billetes y reconocer á los miembros, hay dos porteros-censores: Lais el cantor y el bello joven, digno discípulo de madame Genlis, el hijo del duque de Orleans.

El hombre negro que está en el escritorio, que sonríe con un aire sombrío, es el mismo agente del príncipe, el célebre autor de *Los enlaces perjudiciales*. ¡Gran contraste! En la tribuna está hablando Robespierre.

Un hombre honrado es éste que no sale de los principios. Hombre de buenas costumbres, hombre de talento. Su voz débil y un poco áspera, su delgado y triste rostro su invariable traje color de oliva (traje único, muy castigado por el cepillo), todo esto indicaba demasiado que los principios no enriquecen mucho al hombre que los mantiene.

Poco escuchado en la Asamblea nacional, aventaja, aventajará siempre á los mismos jacobinos. El es la sociedad misma, nada más y nada menos. El la expresa perfectamente, marcha con ella sin adelantarse á ella jamás. Le seguiremos muy de cerca y con mucha atención, haciendo constar cada paso en su prudente carrera, notando también sobre su pálido semblante el hondo trabajo que hará la Revolución, las arrugas precoces de las vigiliias y los surcos del pensamiento. Hay que decir algo de él antes de pintarle. Producto artificial de la fortuna y del trabajo, debió poco á la naturaleza; se le comprendería poco si no se conocieran á fondo las circunstancias que le produjeron y la gran voluntad que lo impulsó.

Pocas criaturas humanas nacieron más desgraciadamente. Primeramente ve caer desgracia sobre desgracia en su familia y en su fortuna; después fué adoptado, protegido por el alto clero, por un mundo de grandes señores, hostil á las ideas, antipático al espíritu del siglo en que se inspiraba el joven. Así no salía de una primera desgracia sino para caer en otra más grande, la necesidad de ser ingrato.

Los Robespierre eran de padres á hijos, notarios de Carvin, cerca de Lille. El acta más antigua que yo he visto de ellos data de 1600. Se les creía oriundos de Irlanda. Sus abuelos acaso habrían formado parte en el siglo XVI de esas numerosas colonias irlandesas que venían á poblar los monasterios y los seminarios de la costa y recibían de los jesuitas una sólida educación de ergotistas y disputadores. Allí fueron educados, entre otros, Burke y O'Connell.

En el siglo XVII los Robespierre buscaron más vasto teatro. Una rama se quedó en Carvin, pero la otra se estableció en Arras, gran centro eclesiástico, político y jurídico, ciudad de Estados provinciales, de tribunales superiores, á donde afluían los negocios y los procesos. En ninguna parte pesaban más la nobleza y la Iglesia. Hubo especialmente dos príncipes, ó mejor dos reyes de Arras, el obispo y el poderoso